





**E**N el siglo décimo sexto y bajo el reinado de Isabel, de gloriosa memoria—aunque la sangre oxidó muchos de sus dorados días—vivía en la ciudad de Londres, denodado aprendiz que amaba á la hija de su maestro. Indudable es que, murallas adentro, habría multitud de aprendices jóvenes en igual caso; pero yo solamente me refiero á uno de ellos que se llamaba Hugo Graham.

Era el tal Hugo aprendiz de un honrado fabricante de arcos y flechas, avecindado en el cuartel de Cheype, y á quien se suponía poseedor de grandes riquezas. El rumor público en aquellos días era casi tan falible como hoy; pero entonces como ahora, solía por casualidad resultar verdadero, y atinó con lo cierto al suponer al viejo arquero una fábrica de moneda. Su tráfico había si-

do muy provechoso en tiempo de Enrique VIII, que protegía y fomentaba esa arma en sumo grado en el ejército; y el fabricante obró como prudente y discreto. Vino así á acontecer que Miss Alicia, hija única suya, fuese la heredera más rica de todo el rico cuartel en que vivían. Hugo á menudo sostenía á punta y lomo de garrote que era la más bella; y, para hacer justicia al joven, creo que estaba en lo cierto.

Si hubiera podido ganar el corazón de la linda Alicia metiendo á golpes tal convicción en las cabezas duras de la gente, Hugo no habría tenido por qué temer el resultado. Pero, aunque la hija del arquero se sonreía á solas oyendo hablar de las heroicidades hechas en honor suyo, y aunque su infantil doncella daba noticia de todas esas y otras muchas sonrisas á Hugo, y éste prodigaba pasmosamente los besos y la moneda menuda en calidad de recompensa á la fidelidad de la doncella, no hacía progresos en su amor. No se atrevía él á murmurarle al oído de Alicia mientras ella misma no le diera ocasión y ánimo, lo cual jamás hizo la joven. Una mirada de sus negríssimos ojos, cuando solía sentarse á la puerta en las tar-

des de verano después del toque de oraciones, mientras él y los demás aprendices del contorno se ejercitaban en el manejo de embotadas tizonas y escudos, encendía á Hugo la sangre al extremo de que nadie podía hacerle frente; pero Alicia miraba en seguida á otros casi tan benévolamente como á su enamorado; y ¿qué bienes resultaban de ganar ó destruir coronas si Miss Alicia sonreía al vencido lo mismo que al vencedor?

Hugo, sin embargo, seguía adelante en su afecto, y la amaba más y más cada vez. Pensaba en ella todo el día, y la soñaba durante la noche. Recogía y guardaba hasta la menor de sus palabras y ademanes, y le palpitaba el corazón al oír sus pasos en la escalera ó su voz en la alcoba contigua. Para él la casa del arquero no era sino la morada de un ángel, estando como encantado el aire y espacio en que se movía; y no habría sido milagroso, á juicio suyo, que de los esterados pisos brotasen flores al andar la amable Alicia por ellos.

Nunca aprendiz alguno anheló tanto por distinguirse ante su amada como Hugo. Hacíase á veces la ilusión de que la casa se incendiara en la noche y que cuando todos

huyeran ó retrocedieran atemorizados, se arrojará él entre humo y llamas á sacar de las ruinas á la joven. Otra vez se figuraba levantamientos y tumultos, el ataque de la ciudad por los rebeldes, y un recio asalto especial á la casa del arquero, en que él, Hugo, caía en los umbrales lleno de innumerables heridas por defender á Alicia. Si solamente le fuese dado obrar algún prodigio de valor, algún hecho admirable que ella supiera inspirado por ella misma, Hugo creía poder morir satisfecho.

De cuando en cuando acostumbraban el arquero y su hija ir á cenar con un honrado ciudadano á las seis de la tarde, que era la hora de moda: y en tales ocasiones Hugo, llevando su blusa de aprendiz con toda la galantería posible entre aprendices, los acompañaba con su linterna y su fiel garrote para escoltarlos á su regreso. Eran esos momentos los más brillantes de su vida. Adelantar la linterna mientras Alicia veía dónde pisaba; tocar su mano al ayudarla á atravesar los malos pasos, ó sentirla apoyada en su propio brazo—que á tal grado solían llegar las cosas;—¡hé aquí el colmo de la felicidad!

Cuando las noches eran hermosas marchaba á retaguardia y á alguna distancia de ellos Hugo, fijos sus ojos en la amable forma de la hija del arquero. Así recorrían las angostas y tortuosas calles de la ciudad, ora pasando bajo las molduras sobresalientes de las antiguas casas de madera, de que colgaban rechinantes muestras y rótulos; ora saliendo de algún lóbrego y temeroso pasillo á la clara luz de la luna. Si acontecía entonces que las voces de vagabundos camorristas llegaban á sus oídos, la joven solía dirigir tímidamente la vista á Hugo, pidiéndole que se acercara lo más posible; y aquí era de verle enarbolando su garrote y deseo de batirse hasta con una docena de alborotadores, todo ello por el amor de Miss Alicia.

El arquero acostumbraba prestar dinero á interés á los galanes de la corte, y en tal virtud acontecía que no pocos caballeros ricamente vestidos desmontaban á su puerta. Más ondulantes plumajes y soberbios caballos eran, en verdad, vistos en la casa del arquero, y más sedas y terciopelos bordados en su tienda, que en las de ningún otro mercader de la ciudad. En aquellos tiempos

no menos que en los actuales, parecía como si los caballeros de más lujoso aspecto fueran á menudo los más necesitados de dinero.

Entre esos deslumbradores clientes había uno que siempre acudía solo, aunque soberbiamente montado; y, careciendo de criado, daba á cuidar su caballo á Hugo, mientras él entraba y se encerraba con el arquero. Una vez, al saltar á la silla el noble, Miss Alicia se hallaba sentada en una ventana alta, y antes de que pudiera retirarse, él había alzado su gorra llena de joyas y besaba su propia mano á guisa de galante saludo. Hugo le observaba caracoleando calle arriba, y ardía en cólera. Pero; cuánto más profunda fué la indignación que enrojeció su semblante cuando, al levantar los ojos hacia la ventana, vió que también Alicia observaba al extranjero!

Volvió de nuevo y á menudo, cada vez más elegantemente ataviado, y la ventana seguía dejándole ver á Miss Alicia, quien, al cabo, un aciago día huyó de su casa. Recia lucha debió costarle, pues todos los regalos de su padre quedaron regados por el cuarto, como si se hubiera ido separando

de ellos de uno en uno, previendo la forzosa llegada de un tiempo en que esas prendas del cariño paternal le torcerían el corazón. No obstante ello, había partido.

Dejó una carta, encomendando á su anciano padre al cuidado de Hugo, y expresando el deseo de que éste pudiera ser más feliz de lo que hubiera sido jamás con ella; pues merecía el amor de un corazón mejor y más puro que el que Alicia pudiera darle. No se atrevía á implorar el perdón del anciano; pero rogaba á Dios que le bendijera. Terminaba con esto y un borrón en el papel que habían regado sus lágrimas.

Terrible fué al principio la indignación del arquero, quien llevó hasta los pies del trono su queja; pero supo en la corte que no había reparación posible á su agravio, porque su hija había sido llevada al extranjero; lo cual resultó cierto, pues al cabo de algunos años se recibió de Francia una carta de puño y letra de Alicia. De sus caracteres trazados con mano temblorosa y casi ilegibles, poco se pudo sacar en limpio sino que á menudo pensaba en su antiguo hogar y en su querida y dulce alcoba; que había

soñado á su padre muerto sin bendecirla, y que sentía rompersele el corazón.

El pobre viejo siguió viviendo sin permitir jamás que Hugo se apartara de su vista, porque ahora comprendía que el joven había amado á su hija, y que era el único lazo que le quedaba en la tierra. Rompióse el cabo, y murió el arquero, dejando al antiguo aprendiz su establecimiento y sus bienes todos, y encargándole solemnemente en su última hora que vengara á su hija, si alguna vez el causante de su desdicha se le volvía á atravesar en el camino.

Desde la época de la fuga de Alicia, el huertecillo, los campos, la escuela de esgrima y las diversiones de las tardes de verano habían perdido de vista á Hugo para siempre. Llevaba consigo muerta el alma; se había levantado á grande altura y consideración entre los ciudadanos; pero nunca se le veía sonreír, ni se mezclaba en sus regocijos y reuniones. Digno, humano y generoso, era amado de todos. Compadecíanle, además, cuantos sabían su historia, y eran tantos, que cuando iba á lo largo de las calles solo y de noche, hasta las gentes más rudas y humildes se quitaban el som-

brero ante él, mezclando bruseo aire de simpatía en sus demostraciones de respeto.

Cierta noche de Mayo—era el cumpleaños de Alicia y el vigésimo aniversario de su fuga—Hugo Graham estaba sentado en el cuarto que había ella alegrado de niña. Hombre cano era ya él, aunque todavía en el vigor de su vida. Antiguos pensamientos le habían dado allí compañía durante largas horas, y la recámara iba gradualmente quedando á oscuras, cuando llamó la atención de Hugo un toquido poco ruidoso en la puerta exterior de la casa. Bajó apresuradamente, y al abrir vió á la luz de una lámpara tomada al paso, una forma femenil acurrucada en el portal y que, alzándose, penetró apresuradamente hacia la escalera. Miró él si la perseguían; mas no había una alma en la calle.

Inclinábase á suponer aquello simple ilusión de sus sentidos, cuando repentinamente le asaltó vaga sospecha de la verdad. Atrancó la puerta y subió bruscamente. Sí; allí estaba ella, en la alcoba abandonada, en su hogar inocente y feliz en otro tiempo; tan cambiada, que nadie sino Hugo habría podido descubrir en su aspecto un solo ras-

go de lo que fué. Allí estaba de rodillas, cubriéndose la enrojecida faz con las manos enclavijadas que hacían temblar la agonía y la vergüenza.

—¡Dios mio! ¡Dios mio—exclamaba— envíame ahora la muerte. Aunque yo he traído la muerte y la vergüenza y el dolor bajo este techo, muera yo aquí, y muera perdonada!

No había lágrimas en sus ojos, pero se estremecía y contemplaba la recámara toda. Permanecía en su antiguo lugar cada cosa. La cama estaba como si en la mañana se hubiera levantado de ella. La vista de tan familiares objetos acusaba la cariñosa memoria en que Alicia había sido guardada; y el tizne y la mancha que ella traía consigo eran superiores á lo que la excelente índole femenil que la hacía regresar allí era capaz de soportar. Alicia sollozó y cayó al suelo.

Difundióse algunos días después el rumor de que la cruel hija del arquero había regresado, y de que Maese Hugo Graham le había dado alojamiento en su casa. Surróse, además, que le había cedido sus bienes para que los empleara en obras de

caridad, y que se había consagrado á cuidarla en su soledad y retiro; pero sin que jamás debieran volver á verse. Tales rumores irritaron á todas las esposas é hijas virtuosas del cuartel, principalmente cuando vino á corroborarlos en cierto modo la circunstancia de haberse ido Maese Graham á vivir á una casa contigua. La estimación en que se le tenía, sin embargo, impidió la menor investigación en la materia; y como la casa del arquero permanecía cerrada de firme y nadie salía de ella en días de espectáculos y festividades, ni á pavonearse en los paseos públicos, ni á comprar las últimas modas en las barracas de los merceros, todas las mujeres honradas convinieron en que no podía vivir allí mujer alguna.

Apenas se iban desvaneciendo estos chismes, cuando la admiración de todos los buenos ciudadanos de uno y otro sexo, fué aumentada y enteramente absorbida por una proclama real en que Su Majestad, censurando duramente la costumbre de llevar al cinto espadas españolas de longitud desmesurada—costumbre que se calificaba de propia de fanfarrones y perdonavidas, y de causa ocasional de efusión de sangre y